

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Año 18. N° 276 - 01 de mayo de 2024

Ascensión

Este mes celebramos la fiesta de la Ascensión del Señor. Pero no creo que este acontecimiento fuese una fiesta para los apóstoles. Nadie se alegra de perder a su padre, a su madre o a un amigo. Y los apóstoles no gozaron con la desaparición de Jesús.

Por la Ascensión, Cristo se hace invisible, pero más que nunca está cerca de cada uno de nosotros: "*Sabed que estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo*" (Mt 28,20). Pero, ¿cómo está Cristo con nosotros?

Cristo está aquí, en la tierra presente en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía. Está presente en la comunidad cristiana. Está presente en nuestro corazón que es un templo de Cristo y del Dios Trino

La Ascensión del Señor que celebramos este mes, nos quiere revelar algo más que su presencia invisible en medio de nosotros. Nos revela cómo se va a acabar nuestra vida terrenal. Creo que esta es una pregunta que nos inquieta a todos. Y esta fiesta nos da la respuesta: nuestro final será una ascensión.

Algún día nos encontraremos en el cielo. Nuestra presencia en una misa dominical, no hace más que prefigurar, anunciar y preparar esa gran asamblea final en torno al Señor. Luego de ella, la vida nos dispersará; pero será solo algo transitorio, hasta que llegue la hora de nuestra ascensión final.

Porque todo lo que pasa aquí abajo en esta tierra es transitorio. Cuántas veces nos desanimamos por cualquier contrariedad, cualquier sufrimiento y cruz, diciendo: *no es posible que Dios exista y permita estas cosas; no es posible que Dios dirija nuestra vida y que la transforme de esta manera*. Sí, es verdad que las cosas no nos resultan siempre fáciles. Pero esperemos, tengamos paciencia, no juzguemos hasta haber visto el final. Porque sabemos ya por experiencia que después de la Pasión y del Calvario viene siempre la Resurrección y la Ascensión.

Por eso, **toda tristeza es transitoria**. Somos desgraciados, pero solamente por un tiempo breve.

¿Por qué recé y no me escuchó Dios? Porque Dios se reserva el derecho de darme muchas cosas y mucho mejores que las que yo me atreví a pedirle.

¿Por qué sigo enfermo, sin fuerzas? Porque pronto quedaré curado para siempre.

¿Por qué tengo que lamentar la muerte de una persona querida? ¿O por qué la vida me separa de lo únicos con quienes me gusta vivir? Porque pronto me encontraré reunido para siempre.

También la alegría, **toda alegría de este mundo, es pasajera**. Los hijos saben que no pueden tener siempre consigo a sus padres. Los padres saben también que no guardarán para siempre a sus pequeños. Y lo mismo la mujer a su marido, el marido a su mujer, y así todas las personas que se aman. No existe más que un solo lugar definitivo en el que nos juntaremos para siempre, y este sitio no está aquí abajo en esta tierra.

Lo mismo con **nuestros bienes**: No podemos llevarlos con nosotros: los perderemos todos. Algún día, nuestras manos se abrirán para entregarlos todo. Hoy todavía estamos a tiempo de abrirlas para ofrecerlos libremente. Porque todo lo que no ofrezcamos a Dios, lo vamos a perder.

En todas las misas, ofrecemos un poco de pan, un poco de vino – en representación de nosotros mismos, de nuestras vidas, de nuestros trabajos, de nuestros bienes. Y el sacerdote tomará todo esto y luego lo consagrará llevándolo al mundo de Dios.

Así en cada una de nuestras Misas, un poco de nuestro mundo pasa a formar parte del otro mundo.

En cada una de las Misas, tiene lugar la ascensión de un poco de tierra al cielo.

En cada una de las Misas, los cristianos, estamos invitados a elevarnos, a separarnos un poco de la tierra, a dar un poco de la tierra, a dar un paso hacia el mundo de Dios.